

## CAPÍTULO X.

MARÍA VIVIENDO CON JESÚS EN NAZARET.

## § I.



RA necesario, por fin, que Jesús volviese entre los suyos. Isaías había dicho: «El pueblo que andaba entre tinieblas, vió una grande luz: amaneció el día á los que moraban en la sombría región de la muerte» (1). El Señor ha morado mucho tiempo en el Egipto, tierra de gentiles; ahora vuelve á su patria, porque después dirá: «Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel» (2). Mas el ángel no había determinado á José la ciudad donde debiera establecerse con la Santa Familia; y temiendo ir á la Judea, en la cual reinaba Arquelao, fué avisado entre sueños, y se retiró á la Galilea, y vino á morar en Nazaret; lo cual nos revela que en los últimos tiempos una parte de la nación judía recibirá la fe de Jesucristo (3).

Había cesado ya la causa del destierro; ¿podiera Dios dejar como olvidados en extranjero país á

(1) IX, 2.

(2) Matth., XV, 24.

(3) Rabbanus in Catena.

su Divino Hijo y á la Santa Madre? Por otra parte, grandes inconvenientes resultarían permaneciendo el Señor más tiempo en el Egipto; los judíos hubieran ignorado que Jesús era Hijo de David, y que había nacido en Belén. Muchos decían durante la predicación del Salvador: «Éste es el Cristo.» Otros replicaban: «¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No está claro en la Escritura, que del linaje de David y del lugar de Belén debe venir el Cristo?» (1).

Si el Señor hubiera venido de la tierra de los Faraones, al enseñar su celestial doctrina en la Judea, ¿no hubieran dicho sus hermanos: Por ventura, del Egipto tiene que venir el Salvador? Además, la permanencia de Jesús en esa tierra les hubiera hecho sospechar que la sabiduría con que los asombraba á cada paso, había sido adquirida en el Egipto. ¿Qué hubieran dicho de las obras milagrosas de su diestra, cuando allá en el Egipto los magos hacían prodigios estupendos por arte del demonio? Habrían exclamado con más furor que aquel con que después dijeron: «Por arte de Belcebú, príncipe de los demonios, Jesús arroja los demonios» (2).

Establecida la Santa Familia en Nazaret, pasaban para nuestra Niña los meses y los años, llenos de una dicha verdaderamente celestial; sus ocupaciones eran las mismas que en el Egipto: amar y servir á Jesús, escuchar su doctrina, observando, amorosa y vigilante, todas sus acciones; sabía que

(1) Joann., VII, 41, 42.

(2) Luc., XI, 15. Sylveira, hic.

su Hijo era Dios, y que por lo mismo sus obras todas, llenas estaban de sabiduría: era la santidad por esencia; y la hermosa Virgen se hacía más santa cada instante, teniendo á la vista los ejemplos de Jesús. Su Majestad oraba de continuo y ejercía el oficio de su padre putativo; era suavísimo su trato, é inefable la dulzura que vertían sus expresiones: ninguna de éstas olvidaba la dichosa Madre; por el contrario, las iba guardando en su alma pura, como un tesoro cada día más rico de ciencia y de virtud: las palabras y expresiones de Jesús la inundaban sin cesar en nuevos y más bellos esplendores de divina gracia. Cuando María observa que su Niño está orando al Padre en actitud humilde y suplicante, la majestad del Eterno brilla ante sus ojos, si lícito es decirlo, más adorable y grandiosa en su infinita y santa inmensidad. ¡Quién podrá decir cuáles fueron entonces los actos de profunda humillación que iban brotando del corazón de nuestra Niña, la incomparable Esclava del Señor! En otro tiempo vió un profeta que los serafines se cubrían el rostro con sus blancas alas, por respeto á la tremenda majestad de Dios, y con esforzada voz cantaban: «Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria» (1). Nuestra querida y santa Niña, cuando piensa en la grandeza del Señor, húndese en el abismo de su inefable humildad, y desde aquí canta la gloria de Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo.

Jesús oraba al Padre por los hombres sus her-

(1) Isa, VI, 2, 3.

manos, y levantando al cielo los hermosos ojos, le ofrecía su preciosa vida por salvarnos; entretanto, la Sagrada Virgen, que después de su Hijo nos tiene ardiente y sin igual cañño, rogaba por nosotros, entregándose también en manos del Señor, por la salud de aquellos hijos que Dios le había de dar en el Calvario. ¡El Calvario! María pensaba con frecuencia en la pasión y muerte del Señor, y la llenaba semejante pensamiento de tristeza y amargura. Tal era su aflicción, que el mismo Jesús la consolaba: «¿No crees, Madre mía, la llegó á decir, que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? ¿Acaso sufriste cuando encarné, ó al salir maravillosamente de tu seno? ¿Por qué te afliges tanto? Es voluntad de mi Divino Padre que yo padezca, y es también la voluntad de tu Hijo. Lo que tengo del Padre no puede padecer: padecerá la carne que tomé de Ti para que los hombres queden redimidos y el mundo logre salvación» (1).

Las palabras de Jesús eran ciertamente bálsamo de celestial consuelo que mitigaba la aflicción de nuestra dulce Madre, la cual adoraba, humilde y resignada, la voluntad santísima de Dios.

La enseñanza del Divino Salvador producía en la Reina Inmaculada maravillosos resultados que no alcanza el hombre á comprender: no es un día ni son algunos meses nada más los que Jesús emplea en ese admirable y santo magisterio: unos años y otros años pasan, y Jesús está en la casa de su tierna Madre; su vida es de silencio, de

(1) Stæ. Birg. Rev., L, VI, c. LVIII.

oración y de retiro; ¡cuántas maravillas y grandezas, cuántas gracias y virtudes de Jesús contempló nuestra Señora! ¿Hubo, por ventura, un día, ó á lo menos un momento, en que las miradas del hermoso Niño no la deslumbrasen con su viva luz, miradas en las que la Santa Virgen bebía la ciencia del Señor? Y aquella vista continua de su Hijo, ¿podiera no excitar á cada instante, en el tierno corazón de nuestra Madre, afectos siempre nuevos y más vivos, de amor y de ternura, y de todas las virtudes juntas, hacia la persona adorable de Jesús? ¿Qué secreto no revelaría el Dios Niño á su Santa Madre, con quien llevaba tan estrecha y dulce intimidad?

Bien está que el corazón de Jesucristo sea, como en efecto lo es, el admirable cielo que canta la gloria del Señor, el profundo abismo del amor divino, y un mar inmenso de azuladas ondas de virtud y gracia, que se levantan bendiciendo al Padre: con todo esto, María nos dice: «Yo sola hice todo el giro de aquel cielo, y penetré por el profundo de ese abismo, y me paseé por las ondas de este grande y asomproso mar» (1).

Si después de esto contemplamos el tierno y abrasado amor con que nos ama la Madre de Jesús, ¿podremos ignorar cuál es su origen? Y al verla sumergida en el piélago insondable del amor divino, como jamás criatura alguna pudo hacerlo, ¿admiraremos la inmensa fuerza y la extensión del cariño que nos tiene? ¿No ha visto la hermosa y santa Virgen, que el Padre ama al mundo en

(1) *Ecci.* XXIV, 8.

tanto grado, que le da su propio Hijo (1), al cual no perdono por nuestra salud? (2). ¿Pudiera, después de esto, no amarnos la bendita Madre con toda la extensión de su ternura? ¿Acaso no quisiera caminar por las sendas del martirio, siguiendo las pisadas del Señor, para dar al mundo la salud? Por esto vemos que el amor que nos dispensa nuestra santa Niña, es necesaria consecuencia de la divina enseñanza de Jesús. ¿Quién hubo jamás que así aprendiera y practicase tan perfectamente las lecciones de aquel Maestro?

Tan natural y necesario, por decirlo así, como es el amor de María, nos causa, sin embargo, la más grande admiración pensando en nosotros. ¡Ah, nosotros somos el objeto del amor y la ternura de María! ¿Dónde está la gracia, la virtud y la belleza, ú otras cualidades que nos hagan dignos de su amor? Miserias y pecados y olvido é ingratitude muy negra: hé aquí los méritos que tenemos para que nos ame esta buena y generosa Madre. Mas ¿por ventura son otros los que presentamos delante del Señor? Y por esto mismo brilla más la caridad de Dios hacia nosotros, pues cuando aun éramos pecadores, al tiempo señalado, Jesucristo murió por nosotros (3). Por esto también María, la imitadora más perfecta de Jesús, se nos presenta como Reina coronada, que desciende del monte Amana, de las cumbres del Sannir y del Hermón, de esos lugares guardadas de

(1) *Joann.*, III, 16.

(2) *Rom.*, VIII, 32.

(3) *Rom.*, V, 8, 9.

leones, de esos montes morada de leopardos (1), morada triste y asquerosa; imagen fiel de la conciencia de los pecadores.

Pasaban felicísimos los años allá en la hermosa Nazaret y la vida de María era á cada instante, más feliz; ¿qué podría desear teniendo á su Hijo, ó cómo habría lugar á la tristeza en ese corazón que llenaba la dulce y amorosa presencia de Jesús? Cuanto más se unía con Él la Santa Madre, más ardientemente deseaba estrecharlo con mayor ternura á su mismo corazón. A proporción que el amado se nos acerca, son más vehementes los deseos que de él tenemos: quien le tiene, desea tenerle siempre; quien lo ve, desea contemplarle sin descanso. María engendró á su Niño y le llevó en sus entrañas, le dió su pecho virginal y arrobada le contempló en éxtasis de amor; ¿quién podrá decirnos cuántas fueron las noches que pasó velando al Hijo de su seno, sin quitar los ojos de su faz encantadora y admirable? Los días no le bastaban para dejar cumplidos sus deseos, y eran las noches un momento nada más, que pasaban en su raudo vuelo cual una exhalación. ¡Cuán admirables y preciosos contemplamos los encantos del divino amor! En su lecho, la Sagrada Madre calentaba á su Niño y le adoraba desde pequeño; al crecer escuchaba sus palabras y volvía á adorarle con siempre nuevo y más ardiente amor (2).

¿Quién podrá separarla del lado de Jesús? Y si

(1) Cant. IV, 8.-Rupert., hic.

(2) Rupert. in Cant., L. II.

alguno lo consigue ¿podrá la santa Virgen quedar con vida? ¿No es Ella un espíritu con Dios? (1) La carne de Jesús ¿no es su carne? En tal caso, pudiera nuestra Santa Madre exclamar con Job: «Mi espíritu se va extenuando; acórtanse mis días, y sólo me resta el sepulcro. Se acaban mis fuerzas, y mis ojos no ven sino amarguras.... He perdido la luz de mis ojos, y los miembros de mi cuerpo han quedado casi aniquilados.» (2) Sin embargo de cuanto hemos dicho, esa Madre veráse privada de Jesús; no sucumbirá bajo el peso del dolor, porque Dios le ha de dar admirable fuerza para poder sufrir: Ella es la Reina de los mártires, Nuestra Señora de los Dolores. Oigamos lo que nos dice el Evangelio: «Siendo el Niño ya de doce años cumplidos, habiendo subido sus padres á Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien, persuadidos de que venía con algunos de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera, buscándole entre los parientes y conocidos; mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalén en busca suya» (3).

Tiernos y profundos son los misterios que nos ofrece el pasaje que acabamos de referir. Desde luego admiramos la piedad y religión de la Santa Familia en el cumplimiento del divino precepto; mas ¿puede esto realmente admirarnos, cuan-

(1) I Cor., VI, 17.

(2) XVII, I, 2, 7, Sá., hic.

(3) Luc., II, 42, 45.

do todos los israelitas observaban lo mismo con fidelidad? Hé aquí por qué nos llama la atención la obediencia á la ley del Señor por parte de los padres de Jesús. En el tiempo á que nos referimos reinaba todavía el hijo de Herodes, Arquelao, por temor del cual se había retirado José á la Galilea; ¿por qué no teme ahora subir á Jerusalén, llevando consigo al Niño Dios? ¿No sería exponerlo á un peligro que en otro tiempo le hizo huir á tierra extranjera, causándole angustias y temores é incomparables amarguras? La gran solemnidad, por una parte, le obliga á presentarse en el templo del Señor, y por otra, disminuyen sus temores en aquellas circunstancias, por el gran gentío que hay en la santa ciudad. El gran Patriarca teme á los hombres, y por esto no vive de asiento en Jerusalén; pero teme más á Dios, y cumple religiosamente sus preceptos (1).

Ni la Santísima Virgen, ni el Niño Dios, estaban obligados á cumplir la ley de que hablamos (2); y sin embargo, no se excusan; mas la observan fiel y religiosamente. Y no vuelven luego que se han presentado y ofrecido al Señor sus dones; esperan que los días de la solemnidad concluyan, lo cual no era necesario (3), sino propio solamente de almas llenas de piedad y religión. Las circunstancias referidas no concurrían en los demás judíos que venían entonces á cumplir la misma ley.

(1) D. August., L. II. De consensu. Evangel. C. X.

(2) Deut., XVI, 16. Sylveira, Q., II, hic.

(3) Menoch, hic.

Para nosotros, la conducta de la Santa Familia encierra una enseñanza provechosa: ¿quién no ve que tenemos que cumplir los divinos preceptos llenos de alegría, y quitando del camino la broza que obstruye nuestro paso? Cuando pensamos en servir á Dios, el corazón rebosa de contento, y al cumplir la voluntad divina, la paz más dulce inunda el alma; sin embargo, somos hombres miserables, inclinados, desgraciadamente, al mundo, en el que pasamos la existencia cantando alegres y gozosos, como en plácida y feliz región. Por lo que hace á la Familia Santa, necesario es preguntar: ¿Cuál sería el gozo y la dulzura que inundaba las almas de Jesús y de María y de su sagrado Esposo? ¡Ir Jesús á la casa de su Padre á rendirle adoración profunda! ¡Llevar María consigo al Hijo del Eterno para darle gracias por los favores y misericordias de que la había colmado su amorosa diestra! ¡Ir también José, llevando á cargo suyo á la Reina del cielo y al Hacedor del mundo! Y ¿no es cierto que nosotros, cuando cumplimos lo que Dios nos manda, adoramos la majestad de nuestro Padre, le damos gracias por sus beneficios, teniendo con nosotros al Señor? Animados de tales sentimientos, veremos con tristeza los obstáculos que á veces hallamos en las sendas del Señor; mas no cedemos ni tampoco nos rendimos al cansancio: la fortaleza y la constancia nos asisten, y ayudados de la gracia, sobrepujamos todas las dificultades y seguimos marchando hacia el Señor; si tal vez es diversa la conducta que observamos, ¿dejaremos de avergonzarnos de nosotros mismos? Un Niño de doce años, una

tierna y delicada Virgen, un anciano: ved los ilustres y adorables personajes que caminan delante de nosotros y nos dan ejemplo. ¡Cuán suave y alegre es el camino; qué fácil y corta se nos hace la jornada, avanzando sin perder las huellas de Jesús y de María, y á la sombra de José! Llénase el alma de santos pensamientos; todo lo deja en olvido por seguir á Dios. Mas ¿cómo podremos seguir las huellas de Jesús, cuando está escrito de Su Majestad que no se vió la huella de sus pies? (1). Hé aquí la rapidez de los triunfos del Eterno: el Esposo que salió de su tálamo, cual gigante que comienza su carrera, sale de una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad del mismo (2). ¿Quién lo vió cuando bajaba de lo alto de los cielos y se escondía en el seno de la Virgen sin pecado? Santidad y pureza divinas son las que brillan en la Encarnación del Hijo de Dios; su vivo resplandor deslumbra la humana inteligencia, que no puede comprender tan adorable misterio. Hé aquí la obscura niebla tendida bajo sus pies (3); mas por lo restante, Jesucristo nos dió ejemplo para que sigamos sus pisadas (4). Por lo que hace á nuestra Niña, ¿no es Ella la hermosa y cándida nube que subía del mar como la huella de un hombre? (5). Ha dejado en el mundo el recuerdo inolvidable de su

(1) Isa., XLI, 3.

(2) Ps. XVIII, 6, 7.

(3) Ps., XVII, 10.

(4) I Petr., II, 21.

(5) III Reg., XVIII, 44.

santa vida; lo ha llenado con la fragancia de su virtud. Y José es quien conduce á los cristianos por el camino del cielo.

Jesús ha quedado en Jerusalén sin que lo sepan sus padres; ¿por qué lo ha hecho así? Ved al Dios de grandeza y majestad que no reconoce ningún superior, que viene á cumplir la voluntad del Padre; en lo cual, por tanto, obraba sin el consejo de su Santa Madre (1).

Jesucristo es un Maestro que, antes que de palabra, enseña con su ejemplo (2); Su Majestad diría: «Si alguno de los que me siguen no aborrece á su padre y madre, y á la mujer y á los hijos, y á los hermanos y hermanas, y aun á su vida misma, no puede ser mi discípulo» (3). Y también: «Cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó esposa, hijos, ó heredades, por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna» (4). El Señor, pues, abandona á su querida Madre; parece-nos demasiado dura esta palabra; y en efecto, ¿cómo usarla refiriéndonos á la Purísima Madre de Jesús, con quien Su Majestad lleva tan estrecha unión, y de la cual, si se ha separado según su presencia corporal, no se aparta ni un instante en cuanto al influjo de su gracia y del filial y tiernísimo cariño que la tiene? Digamos, pues, úni-

(1) Tolet., Annot., 69.

(2) Actor., I, 1.

(3) Luc., XIV, 2.

(4) Matth., XIX, 29.

camente, que Jesús quedó en Jerusalén mientras sus padres volvían á Nazaret.

¿Quién podrá medir el amor de Jesús á su santa é inmaculada Madre, ó comprender los derechos de María en cuanto al cariño de su Hijo? Es su Madre, y una Madre llena de virtud y gracia, que le ama con inefable y abrasado amor, que jamás le ha llegado á disgustar; antes bien, le ha servido con santa y acabada perfección: sin embargo de esto, hállase actualmente separado de Ella. Hasta ahora, Jesús le había dado solamente muestras de respeto y de cariño; ¿cómo, pues, ó por qué motivo se aparta de su amable compañía? Y ¿cuánto durará su ausencia? ¡Ay, que por todas partes la envuelven las tinieblas, y gime su afligido corazón en espantosa y amarga soledad! Puede con verdad decir, como el Profeta, Rey: «Pusiéronme en un profundo calabozo, en lugares tenebrosos, entre las sombras de la muerte» (1). Pero María no tiene que sentarse cuando está cercada de tinieblas; no es para Ella hora de descanso la presente; buscará, inconsolable y afanosa, al Hijo de su amor. Cierzo es que lleva en el alma un mundo de dolores; que va su corazón manando sangre; mas con todo, sus grandes aficciones no la embargan ni llegan á turbar la paz de su alma; es superior á su penar la fuerza con que Dios le asiste, y su mismo Hijo, oculto á sus miradas, es quien la lleva de la mano sobre aquellas sendas cubiertas con espinas.

¿Qué pensaba entretanto nuestra Reina al ir

(1) Ps. LXXXVII, 7.

buscando á su Santísimo Hijo? Sabe María que Jesús es verdadero Dios, y por lo mismo, su ausencia contiene algún misterio que Ella no comprende, pero que adora con profunda sumisión. Piensa nuestra Niña en los trabajos de Jesús mientras durare ausente: ¿quién le dará de comer y de beber y le recibirá en su casa por la noche? Está escrito de nuestro amado Redentor: «Yo viví pobre y me crié en trabajos desde mi tierna edad» (1). Se alejaría, pues, de su Santa Madre el Niño Dios, para tener el dolor que los otros niños tienen cuando pierden á sus padres (2). El mismo Jesús padece por su voluntad, cuando se aparta de la hermosa Virgen: ¿qué será de nosotros si llegamos á olvidarla ó nos separamos de su lado?

Las penas y dolores de María se iban aumentando cada instante: llega la primera noche, y Jesús no está con Ella; amanece el día segundo, triste y nebuloso cual día de tremehda tempestad, y aun dura la ausencia del Señor; y llega la noche con su pesada sombra, y no parece el Niño..... ¿Tendría descanso entonces el corazón de la afligida Madre, ó bien la ocupó en llorar? El recurso del humilde es la oración, y María se vuelve al Padre, pidiéndole á su Hijo. Ella sabe que nadie conoce al Hijo sino el Padre, y que nadie puede venir á Jesús si el Padre no le atrae (3). No es capaz la lengua humana de explicar la humildad

(1) Ps. ídem, v, 16.

(2) Sylveira, hic.

(3) Matth., XI, 27. Joann., VI, 44.

de los ruegos de María, ni la ternura con que hablaba al corazón de Dios. Ella sabía más bien que nadie el valor de aquel tesoro con que la había en otro tiempo enriquecido el cielo, y no ignoraba el tierno y grande amor con que el Padre la dió su propio Hijo. Volvía también la triste Virgen sus ojos á Jesús (1); y aunque no le llega á ver, muy bien sabe que no desoye su flébil oración; mas antes Él mismo es quien la inspira. Habla esta Madre á un Hijo á quien adora, que es su Dios, y sin el cual jamás podrá vivir. ¿Hemos, por ventura, adivinado las palabras de encendido amor que salieron entonces de los labios de María, ó los suspiros que arrojó hasta el seno de su Niño, ó, en fin, las lágrimas que sus hermosos ojos derramaron? No comprendemos el amor que á Jesús tiene la divina Madre, ni, por lo mismo, la terrible angustia que sintió su pecho cuando no le hallaba. Guardemos, pues, silencio, y el corazón medite lo que á explicar no alcanza nuestra lengua.

## § II.

Era el pasado, tiempo de aflicción; lo es el presente de consuelo y gozo. Al cabo de tres días, María y José hallaron á Jesús en el templo, sentado en medio de los doctores, que ora les escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían, quedaban pasmados de su sabiduría y de sus res-

(1) D. Bon., *Medit. cit.*

puestas. Al verle sus padres, quedaron maravillados. Y su Madre le dijo: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando.» Y Él les respondió: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» Mas ellos, por entonces, no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos y vino á Nazaret, y les estaba sujeto; y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón (1).

¡Cuántas grandezas y misterios! El gozo, la maternal confianza, la expansión de un alma oprimida de dolor, la enseñanza y el ejemplo, en fin, de la virtud más grande: todo esto se derrama, cual rayos de pura y viva luz, del pasaje que acabamos de referir. No halla á su Niño nuestra dulce Madre entre sus parientes y conocidos, sino en el templo del Señor. ¿Buscamos á Jesús? Su Majestad se halla en el santuario; el Señor está en su santo templo; el Señor tiene su trono en el cielo (2). Los pensamientos que á Jesús nos llevan son más elevados que todos los intereses de la carne y de la sangre; y además de esto, ¿no está escrito que los enemigos del hombre son las personas de su misma casa? (3). Tal doctrina nos da una idea muy elevada de la grandeza y santidad cristianas, recordando que no debemos tenernos por extraños ni advenedizos, sino conciudadanos

(1) Luc., II, 46, 52.

(2) Ps. x, 5.

(3) Matth., x, 36.